

ciudades; por lo cual merecen todos muy señaladas mercedes y que su majestad se lo gratifique cuando ocasión se ofreciese; porque se descubrió un nuevo mundo, en el cual confío en la misericordia de nuestro piadosísimo redemptor y señor Jesucristo, se ha de plantar la iglesia católica nuestra madre y que ha de dar fertilísimos frutos, con que las sillas de el cielo se pueblen y que la cristiandad en ella ha de ser de el fruto que su majestad desea y pretende. Todos somos hijos de Jesucristo y todos hermanos; y así en ley de caridad todos tenemos obligación de suplicar a nuestro piadoso padre Dios, se apiade de aquellos nuestros hermanos y que les envíe quien los convierta y reduzca a nuestra santa fe católica, para que sean de el aprisco y rebaño de los escogidos de Dios nuestro señor.

CAPÍTULO LIX. *Que da fin a el gobierno de el conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España*



UE EL CONDE DE MONTE-REY hombre de mucho ejemplo y de conocida virtud, porque no se sintió de su persona cosa que le desdorasase, ni desdijese de el buen olor, de lo que representa la persona de un virrey, en quien todos miran como blanco que es de toda virtud, por ser más que todos temido, honrado y reverenciado; era muy recogido y devoto; era muy liberal en cualquier cosa de gastos que había de hacer de la caja real; y así, cuando el rey mandaba que no reparase en gastos de alguna jornada, hacía esto tan francamente que todos iban gustosos; de esta manera despachó a los religiosos y gente, que fue a el Nuevo Mexico, también a los de las Californias y Cabo Mendocino, en las dos jornadas que hicieron; y esto mismo mostró en otras ocasiones. Vino cédula de el rey, en su tiempo, para que se quitase el repartimiento de los indios y que se diese orden de que se alquilasen; pero comenzóse este alquiler de manera que era de más vejación y trabajo que la carga que antes tenían; hizo que se juntasen todos los oficiales en las plazas (cada uno en la de su barrio o pueblo), y allí llegaban los españoles, y sacaban los que querían y los llevaban; y esto hizo en su presencia el conde, en las dos plazas de San Juan y Santiago; y aunque pareció por aquella vez bien, fue mucho peor después, de lo que se pudo pensar, porque se nombró juez para el cuidado de estos alquileres; el cual era un repartidor tácito, bautizado con otro nombre diferente; porque llegó a término que ya no se sacaban los indios de la plaza, sino muy bien pagados; y aún hubo otro fraude más pernicioso, que llegaba uno a sacar uno o dos oficiales que no había menester, y después los daba a otro que tenía necesidad de ellos y le daba un tanto por haberlos sacado de la plaza; y así se convirtió en granjería y mayor esclavonía el alquiler voluntario que era el repartimiento primero. Clamaron los indios, y por verse libres de esta continua servidumbre, pidieron, con instancia, volver a lo pasado, de dar tantos por ciento; de manera que lo que pareció libertad se convirtió en esclavitud perpetua. Viendo el conde

los inconvenientes que tenía el caso y los muchos daños que se iban introduciendo mudó de parecer (por ser esto de hombres sabios), y pareciéndole que es el repartimiento necesarísimo y caso imposible dejar de haberlo (como a todos los virreyes ha parecido, no porque lo es, sino porque así quieren que parezca) volvió a obligarlos a lo antiguo y los indios, por desechár la otra continua carga, recibieron ésta, que aunque para la república es tan pesada, la tuvieron por muy ligera y leve. Gobernó siete años el conde, porque como había comenzado las congregaciones y con título de ser tan necesarias, hubo de tener un año más que los que son ya ordinarios en las provisiones, aunque no las acabó de todo punto; porque como esto iba por mano de jueces que comían de salarios, aunque llevaban tiempo limitado, extendiéndole más que gamuza, dilataban las cosas (aunque no todos), algunos de tal manera que lo que pudo congregarse en un mes no se concluyó en un año. Todo esto era a costa de los pobres que lo padecían o porque no se les hacían tan presto sus casas, o porque los tenían atormentados con dilaciones para que las hiciesen; y así andaban los salarios multiplicados y los indios corridos. Tuvo residencia el conde, y fuele puesto por capítulo grave haber gastado tanta hacienda de la caja en estas juntas, acomulándole que pudieron hacerse a menos costa; y así fue condenado por ello en más de doscientos mil pesos; pero vino revocatoria de España de esta sentencia y lo sintió mucho, porque le pareció siempre que el caso era acertado y los gastos lícitos.

A los siete años de su gobierno fue proveído a los reinos de el Perú y en su lugar nombrado don Juan de Luna y Mendoza, marqués de Montes-Claros; y cuando llegó a este reino se fue el conde a el pueblo de Otumba a esperarle. Era de su natural afable y amoroso, como lo mostró fuera de el gobierno, en especial con religiosos, aunque con el oficio reprimió su condición; era manso y tenía buen despiciente, pero muy tardo en sus determinaciones, de donde hubo motivo, como ya dijimos, de tenerle por remiso, aunque, según él decía, lo hacía con deseos de acertar, mirándolo mejor; pero esto va en condiciones que así como hay ingenios liberales y prestos, que en breve aperciben o reprueban un pensamiento y lo ponen luego en ejecución, hay otros que aunque alcanzan la misma dificultad, es en más tiempo. Y esto dijo Platón, de aquellos dos monstruos de naturaleza, Aristóteles y Xenócrates, por estas palabras: Aristóteles tiene necesidad de freno, y Xenócrates, de espuelas; dando a entender, que entrambos alcanzaban la dificultad, pero Aristóteles con viveza más presta que Xenócrates. Si no se hubiera metido en estas congregaciones, a dicho de todos, había sido de los mejores y más acertados gobernadores de esta Nueva España; pero así como no hay caballo sin tacha, no hay hombre que en esto o en esotro no peque; que ser acertados en todo y no errar en nada no es de hombres revestidos de carne flaca y débil, sino de corazones robustos, muy asidos de la mano y poder de Dios. Fue muy sentida su ida; y así, cuando salió de esta ciudad, llevó grandísimo acompañamiento, y lo que más espantó fue que indios y indias iban tras él llorando y dando voces, cosa que jamás han hecho ni se ha visto.